

Comentario al
texto bíblico

CRECIENDO
EN NUESTRA
RELACIÓN
CON DIOS

CÓMO ESTUDIAR LA
BIBLIA

II TRIMESTRE - 2026

LA CLAVE PARA UNA COMUNIÓN PERFECTA

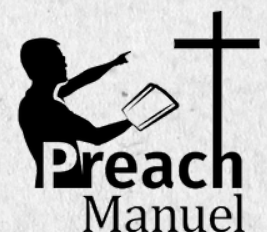
“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).

No pocas veces las Escrituras destacan el hecho de que nuestro Salvador **oraba con frecuencia**. Tal fue su dependencia hacia Dios que antes de tomar decisiones importantes, como la elección de sus discípulos, se apartaba a lugares desiertos para pasar la noche en vela orando a Dios (Lucas 6:12).

Si esta fue la práctica diaria del divino Maestro, **¿cuánto más nosotros debiéramos aferrarnos a Dios por medio de la oración?** La comunión constante con el Padre de gloria depende de la sujeción a su Palabra, y esto a su vez depende de la oración constante y abnegada. Son los dos elementos clave para lograr una relación con Dios como la tuvo Cristo.

Es precisamente gracias a las promesas de la Palabra escrita que podemos ser partícipes del poder divino en nuestra naturaleza, tal y como lo escribe el apóstol Pedro:

*“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado **preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina**, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”* (2 Pedro 1:3-4).



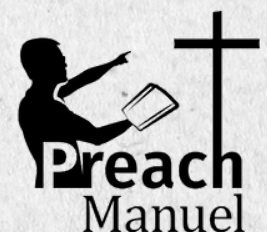
LA CLAVE PARA UNA COMUNIÓN PERFECTA

Y aunque lleguemos a pensar que los apóstoles tuvieron ventaja sobre nosotros por tener un contacto presencial con el Señor, es preciso recordar lo que el mismo Jesús dijo con respecto al testimonio que llegaría hasta nuestros días:

*“Mas no ruego solamente por estos, **sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos**, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”* (Juan 17:20-21).

¡He allí la razón de ser del evangelio! Es el registro escrito de la obra de Jesucristo, preservado para que leamos y creamos, como gozosamente señala el apóstol Juan: *“Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, **y para que creyendo**, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:31). De este modo, llegamos a ser el cumplimiento de las palabras del Maestro: *“**bienaventurados los que no vieron, y creyeron**”* (Juan 20:29).

Orando y creyendo en su Palabra nuestra conciencia es limpiada: *“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”* (Juan 15:3) y somos capacitados para escuchar la voz del Hijo que es poderosa para resucitar a los que están muertos en delitos y pecados: *“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”* (Juan 5:25).



LA CLAVE PARA UNA COMUNIÓN PERFECTA

Leer su Palabra es como escuchar su voz aquí y ahora.



INTERPRETANDO LA PALABRA VIVA

“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, **despertará mi oído para que oiga como los sabios**. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (Isaías 50:4-5).

Los *Cánticos del Siervo* son cuatro poemas que constituyen una sección en el libro de Isaías que transcurre desde el capítulo 42 hasta parte del 53. En ellos se narra la experiencia del Siervo sufriente del Señor; aquel que, tomando el lugar de todo Israel, **cumpliría con el propósito divino de dar su vida en expiación** y se gozaría luego viendo el fruto de su aflicción.

Precisamente en estos cánticos, se describe al Siervo como alguien cuyo oído es despertado para percibir la Palabra del Señor con sabiduría, obedeciendo sin reservas a lo que esta le indicaba. **¿No fue esta exactamente la experiencia de Jesús?** Nuestro Salvador era movido cada día a cumplir con la voluntad de Dios, “... no se trazó planes personales. Aceptó los planes de Dios para él, y día tras día el Padre se los revelaba” (2MCP 373.6). Del mismo modo, nuestro deber personal consiste en **dejar que su Palabra despierte nuestros oídos**, para guiarnos día tras día.

El ejercicio de lectura e interpretación de la Palabra divina no puede efectuarse del mismo modo que se haría con un libro corriente.



INTERPRETANDO LA PALABRA VIVA

La Palabra de Dios contiene poder real para la transformación y edificación del carácter; comprenderla implica leerla con un corazón subyugado y para ello se necesita la intervención misma del Espíritu Santo.

Para nuestra bendición, Dios mismo ha prometido ser nuestro maestro: “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán” (Jeremías 31:34); por lo que para poder ahondar en las profundidades del conocimiento de su gracia a través de su Palabra, **¡solo hay que pedirselo!**

Como ya habrás comprendido, **leer la palabra de Dios constituye un momento sobrenatural.** Si bien, la razón es la capacidad con la que logramos procesar y asimilar los elementos de la lectura, esta no puede ser el parámetro interpretativo definitivo, ya que sus limitaciones podrían alejarnos del ejercicio de una fe sencilla y confiada.

Tengamos una experiencia con la Palabra como la que tuvo Cristo, quien en lugar de relatar su propia experiencia sensorial con el Padre al momento de su bautismo, se defendió de las ardides de Satanás citando las Escrituras: “Él respondió y dijo: Escrito está: **No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios**” (Mateo 4:4).

INTERPRETANDO LA PALABRA VIVA

Evidentemente, es importante profundizar en elementos como el contexto inmediato del texto para comprender su significado, pero siempre ten en cuenta que **la interpretación proviene directamente Dios.**

LA FE QUE VIENE DEL OÍR

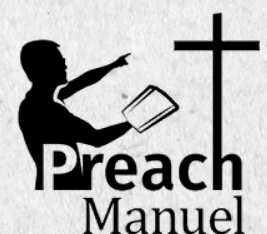
“Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David” (Isaías 55:3).

En su conversación con la multitud que le seguía luego de cruzar el mar de Galilea, Jesús declaró la condición para obtener la vida eterna: *“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; **si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre**; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:51).*

No obstante, ¿cómo comprendemos el hecho de “comer” la carne del Señor? Al ver que los judíos no entendían sus palabras, Jesús les habló más claramente: *“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; **las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida**” (v.63).* Para comer la carne de Cristo y beber su sangre, debemos guardar sus palabras, creerlas, atesorarlas, ya que en ellas está la vida del Hijo.

Son las mismas palabras que Dios había dado a Israel desde antiguo como garantía de que su poder se cumpliría en sus vidas para que pudieran guardar sus mandamientos:

*“Israel, **si me oyes**, no habrá en ti dios ajeno, ni te inclinarás a dios extraño. Yo soy Jehová tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto; abre tu boca, y yo la llenaré” (Salmo 81:9-10).*



LA FE QUE VIENE DEL OÍR

La misma Palabra que al ser pronunciada hizo emerger la hierba verde del suelo inerte durante la creación, es el agente capaz de transformar tu vida, haciéndote nacer de nuevo como una nueva criatura en Cristo:

“Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, **así será mi palabra que sale de mi boca**; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isaías 55:10-11).

Haz de la Palabra de Dios tu amparo, cree en sus promesas y experimenta su poder en tu vida desde hoy.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!